

# La barbaridad del pañuelo

Javier Ortiz

Que unas monjas vestidas de riguroso hábito, con su toca y toda la pesca, cerraran el paso escolar a la ya famosa niña Fátima alegando problemas de vestimenta tiene unas narices que hubieran convertido en chatito al mismísimo Cyrano de Bergerac.

El pañuelo que Fátima quiere llevar en la cabeza -que no se parece lo más mínimo al chador, prenda que ninguna mujer usa en el Magreb- no tiene nada de humillante. Ella quiere ponérselo -es ella la que quiere- porque, si no, se siente rara. Como yo me sentiría raro vistiendo faldas. Más que nada porque me eduqué en San Sebastián, y no en Escocia. Son ritos culturales. Alejada de todos sus puntos de referencia cotidianos, Fátima se aferra a ese: es el nexo -medio sentimental, medio religioso- que le une a la tierra y las gentes que abandonó hace tan solo un año.

Tras la hiriente patochada de las monjas, fueron luego los responsables de un colegio teóricamente laico los que trataron de cerrarle el paso, no sé si por el pañuelo o con el pretexto del pañuelo. Los miembros del Consejo Escolar de ese centro se buscaron un argumento insostenible para negar a Fátima su derecho a la escolarización. ¿Qué tiene ese pañuelo de más discriminatorio que los tropecientos mil signos diferenciadores de género usados en Occidente por las mujeres (o por los hombres, según se mire)? Siguiendo su supuesto razonamiento, habría que prohibir, sin ir más lejos, la depilación femenina.

Comparar el uso de «vestimentas discriminatorias» con la ablación del clítoris, como ayer hicieron tantos -empezando por el ministro de Trabajo, Juan Carlos Aparicio, pobre bufón-, revela unas ganas verdaderamente enfermizas de hablar por hablar. Ya no sé a qué pedorra le escuché anoche decir en la TV que el uso del pañuelo en la cabeza «nos retrotrae a la Edad de Piedra». ¡A la Edad de Piedra! Cuando yo era crío, las mujeres todavía se cubrían por aquí la cabeza con un pañuelo. Aún se usan toquillas y mantillas como prendas de adorno femeninas en muchas ceremonias y festejos del oeste y el sur de España. ¿Se han dado ustedes una vuelta por la Feria de Sevilla, o por las Fallas, o por Les Fogueres? Es una viejísima costumbre mediterránea que se está perdiendo poco a poco, pero que pervive en múltiples formas.

Dicen que lo intolerable no es que lleve un pañuelo, sino que lo lleva por motivos religiosos, y que no cabe admitir en las aulas la exhibición de manifestaciones de fe. Bien: espero que, a partir de ahora, no sólo se retiren todos los crucifijos que quedan por las aulas, sino también, y sobre todo, que no se permita que los chavales y chavalas vayan al cole con medallas al cuello en las que aparezcan vírgenes, cristos y sagrados corazones. Sobre todo sagrados corazones: vísceras colgadas del cuello! ¡Como si no fuera ya suficiente con que presuman de practicar la teofagia!

Y espero también que mañana mismo sean expulsadas de las Universidades todas las monjas que acuden a ellas con hábitos.

¿Laicismo? ¡Y un pimiento! Son tan solo excusas supuestamente laicas destinadas a disimular su muy reaccionaria aversión hacia la multiculturalidad. Y hacia la emigración.